



La locura del corazón del corazonero*

MARÍA LUISA MENDOZA

"Somos sueños de un inútil desamparo..."
E. CÉSARMAN.

Hay algo enaltecedor al escribir de un ser amadísimo muerto. Digo muerto porque la palabra es temida y se le dice fallecido, como si la sustitución pleonástica pudiera aminorar el horror de la separación, el fuetazo primero y repetido de saber la ausencia, la implacabilidad. Nosotros fuimos amigos desde la plenitud deslumbradora, sinuosa, dorada, fastuosa como el muaré, el vino tinto, los percebes, y el café matutino fumando un cigarro y sin hacer nada más allá de regodearse entre las sábanas de lo que fue, de lo que será, o del lomo calentito y con el peso del amor, del perro junto a las piernas. Así éramos nosotros de muchachos, muy amigos, muy entregados a las miradas significativas, a la camaradería de las clandestinidades y las lealtades. Nos unió la mirada verde, tenue, aternurada, de Héctor Azar. Eduardo caminaba en el éxito tantas veces burlado por él, corazonero eminente, el médico "de antes", sabio curador con palabras, poesía, misericordia, capaz de sanar sin admoniciones mandando hacer algo para aliviarte "si puedes"... Luego nos unió más fuerte aún, más allá de la alegría, aquellas de las fiestas jóvenes con música de a de veras y la pastelería imperial de la mamá de Mocita, su mujer, "pequeña gigante" como Eduardo Césarman, de quien hablo por supuesto, le escribió en uno de sus libros magnánimos, la literatura. Llega a mi casa cualquier tarde de ésas, le servía su tequila y me entregaba un nuevo tomo escrito en la tranquilidad de la biblio-

teca, su consultorio enérgico, acertado, inteligente, positivo, en el buen diagnóstico peleonero conmigo misma y amoroso contentador, como la vez que, combatientes, habíamos hecho un vivac en la batalla invitándome él a un desayuno de puros hombres. Sólo Catalina Sierra y yo asistimos, mujeres, y él explicaba: "son mis mejores amigos".

Eduardo Césarman se fue en su "Cuarto Menguante" frente al mar y junto a Mocita, el gran amor de su vida, quien encarna el concepto diáfano de la compañera. Eduardo supo arreglar los intrínquilis de esto que se llama vida. Como cirujano nos compuso a nosotros y al intrincado ejército de oficiar sus años en la tierra. Fue leal a los suyos, sus hermanos Teodoro y Fernando, a su familia, a los cercanos por él nombrados hermanos, también honorarios honrados. Neoyorkino de corazón, gozó felicísimo los días de sol o nieve de su gran manzana... era joven, insistió, atesoraba las experiencias en los hospitales igual que lo hizo cuando estudiante en San Fernando, la mítica escuela de medicina donde estudió junto a mi inolvidable hermano Manuel a quien Eduardo le decía El Códice por Mendocino. Fuimos creciendo juntos, me regaló su pasado, la historia de sus padres donde luego apareció el Templo Mayor, de allí bajó del librero el Tesoro de la Lengua Española de Covarrubias, mi propísimo tesoro siempre consultado con lágrimas en los ojos recordando a Eduardo Césarman, grandísimo mexicano a quien hoy homenajeamos en el Palacio de Bellas Artes... Poeta del Conocimiento...

Y vi a Eduardo caminar rumbo a mi sofá que tanto le gustaba. Visualizadora de cómo la injuria del tiempo nos iba atacando, sus pasos calmos y personalísimos (hoy capturados en su hermano Fernando) me hizo estremecerme con la torcedura de tuerca de la muerte rondadora de todos nosotros. Hoy el corazón tantas veces auscultado por él tan gratuita misericordiosamente, me dice mi certeza, máxime en nosotros los guanajuatenses crecidos en la naturalidad de las agonías y los entierros. Mas el presagio se borraba de inmediato con la risa tan rápida e irónica con la cual nos preguntábamos si ya íbamos a morirnos... "¿ya somos viejecitos?". Eduardo enfrentó la vida con la suficiencia de su cultura, el buen saber las correspondencias de los autores, los investigadores del cuerpo humano, la entropía concor-

dada con los conocimientos absolutos, no a la trompa talega (título encantador de uno de sus libros) y con todas las intenciones del mundo, tal lo hizo en la delicia sonriente del poema sobre las nalgas de las mujeres, así con todas sus letras, puesto que “hasta para llorar hay que estar de buen humor”. Yo adoré a Eduardo el día de lectura en voz alta de “Inteligencia y Tontería”, donde canta triunfal la gracia de los tontos, su necia insistencia al valor del atrevimiento, la repetición de las estupideces... “Los tontos son bondadosos, hay algo de inteligencia en la perversidad...” A él le merecieron respeto, aunque los tontos nunca saben que lo son; adorables tontos, triunfe y triunfe tranquilos, famosos y hasta poderosos (nos constan los ‘ambos cuatro’)... “Ser tonto es más que ser ignorante”... “existe la aristocracia de los tontos”...

Nos bañábamos en el mar como locos a las carcajadas. Bailábamos admirando la intemperie de los cuerpos, comíamos bufando el saboreo de las ricuras desde un quizá desaparecido restaurante en la azotea de una casona de Madero, viendo las cúpulas de San Francisco. Era la infancia de la última hijita de Eduardo y Moci, y su hijo Carlitos la cargaba tan amoroso como el padre mismo; siempre pensé



Alfredo Meléndez

que iba a ser un gran padre a su vez, como mi padre, como el padre de Mocita, como el padre de Eduardo... Traemos el signo de los padres y las madres encima, así nos hicieron, los pensamientos de nosotros vuelan impetuosos y sin vergüenza a las imágenes sagradas de los ancestros. Por eso mismo la seguridad de él, la felicidad demostrada y gozada por él, su pasión por los perros principales seguidores de sus pasos, imparable recogedor de animales heridos, cariñoso padre, sí, padre y hermano de su último perro quien, amarrado a la entrada de su casa lloraba –yo lo vi– por el dueño suyo, su razón de ser perro huésped nocturno al pie de la cama donde durmió con el alma entrelazada a la del durmiente, Eduardo, amante perrero, jugador con mi hijo-perro Leonardo Da Vince, el cual al verlo entrar hasta se orinaba del gusto...

Eduardo escribiendo sin un minuto de pérdida, un libro, otro, algunos con Bruno Estañol, todos con Dios atisbando su escritura tan clara y correcta, jamás destructora de nadie, empeñada en hacer el bien topara donde ajustara. Solitario de la llamada sociedad, enemigo de las corbatas y los pomposos trajes “de señor”, no obstante cuando se presentaba muy de pipa y antejojo, con sus tirantes bajo sacos de firma, corbatas impolutas, el señor doctor don Eduardo Césarman era un dandy tal fue sin falla alguna un caballero. Inalienable buen humor, no es posible hoy estarnos todos muriéndonos sin poder llamarle para con su presencia sapientísima curarnos en tres patadas y recetarnos en su máquina eléctrica (de la cual salieron los torrentes, las cascadas de sus libros) y ya lo dije: lo absolutamente necesario hacer... “si puedes”...

Yo no sé escribir de mis amados, me cuesta un trabajo horripilante, es como si volviera a psicoanalizarme frente a un psicoanalista silencioso, silencio... Me desgarró, las lágrimas me doblan porque se me fueron mi hermano Manuel y mi hermano Eduardo, los dos médicos más entrañables de todos los médicos de mi casa, de mi familia. Eduardo Césarman fue mi familia también: me quiso, lo quise, no me envidió, lo envidié, me admiró... ídem, y con Azar estará divirtiéndose allá arriba, en el cielo de los arcangélicos y los perros, por supuesto... 🐕

* Conferencia Césarman. Sala Ponce. Bellas Artes. 29 Noviembre 05.